

DEPÓSITO LEGAL ZU2020000153

*Esta publicación científica en formato digital
es continuidad de la revista impresa*

ISSN 0041-8811

E-ISSN 2665-0428

Revista de la Universidad del Zulia

Fundada en 1947
por el Dr. Jesús Enrique Lossada



Ciencias de la Educación

NÚMERO ESPECIAL

Año 12 N° 35

Noviembre - 2021

Tercera Época

Maracaibo-Venezuela

Dimensión ética como límite de lo técnicamente posible. Los retos de la educación humanizante

Angela María Rincón Martínez*
Ena Cecilia Obando Peralta**
Vladimir Rodríguez Cairo ***
Frisa María Antonieta Aliaga Guevara****

RESUMEN

Este artículo analiza los límites de las técnicas empleadas para la producción de bienes y servicios; por esto, plantea la corresponsabilidad como principio ético capaz de relacionar adecuadamente a quienes conforman cultura. En tal sentido, el objetivo principal es vincular la dimensión ética a la generación de mercancías que la sociedad amerita sin vulnerar la continuidad de la vida como posibilidad. Por tanto, involucra las acciones sociales frente a la naturaleza y comunidad. Así, el propósito es condicionar las acciones sociales a la responsabilidad que los seres humanos se merecen. Los resultados subrayan la necesidad de normar la coexistencia de tal manera que la disposición solidaria permita los consensos para que las confluencias acontezcan de tal manera que sean cónsonas con la condición de dignidad inherente a la existencia. A su vez, la educación necesaria dispone las estrategias y métodos para humanizar las mediaciones de las comunidades en favor de reconocer las dimensiones y contingencias de la razón humana, tejiendo convivencia; se trata de forjar la razón sensible como cimiento de nuevos saberes. El método de investigación empleado es bibliográfico desde el enfoque racionalista deductivo.

PALABRAS CLAVE: Cultura; Tecnología; Ciencia; Educación.

*Universidad Privada Antenor Orrego, Trujillo-Perú. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4208-951X>.
E-mail: arinconml@upao.edu.pe

**Universidad Privada del Norte, Trujillo-Perú. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5734-676>. E-mail: ena.obando@upn.pe

***Universidad Nacional Mayor de San Marcos-Lima. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9971-0405>.
E-mail: vrodriguez@unmsm.edu.pe

****Universidad César Vallejo-Trujillo-Perú. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3655-6740>. E-mail: faliagag@ucvvirtual.edu.pe

Recibido: 16/07/2021

Aceptado: 08/09/2021

Ethical dimension as a limit of what is technically possible. The challenges of humanizing education

ABSTRACT

This article analyzes the limits of the techniques used for the production of goods and services; for this reason, it raises co-responsibility as an ethical principle capable of adequately relating those who make up the culture. In this sense, the main objective is to link the ethical dimension to the generation of goods that society deserves without violating the continuity of life as a possibility. Therefore, it involves social actions in front of nature and community. Thus, the purpose is to condition social actions to the responsibility that human beings deserve. The results underline the need to regulate coexistence in such a way that the solidary disposition allows consensus so that the confluences occur in such a way that they are in harmony with the condition of dignity inherent in existence. In turn, the necessary education provides the strategies and methods to humanize the mediations of the communities in favor of recognizing the dimensions and contingencies of human reason, weaving coexistence; it is about forging sensible reason as a foundation for new knowledge. The research method used is bibliographic from the deductive rationalist approach.

KEYWORDS: Culture; Technology; Science; Education.

Introducción

Una de las primeras reacciones que el hombre manifiesta frente al mundo que le contiene es el asombro. Esto se debe a la sensación de empequeñecimiento que se siente ante una realidad basta, compleja, disímil; donde una multitud de eventos y haberes conforman los sistemas que se interrelacionan. El hombre se descubre ante una inmensa serie de relaciones que exceden con creces la capacidad de entender el mundo que la intuición arroja. En tal sentido, se vale de los medios, mecanismos, procesos, inferencias y deducciones que la racionalidad presenta como oportunidades ante el mundo.

La racionalidad como capacidad de entender las características del mundo emerge en un momento especial de la evolución humana, como entidad que busca interpretar la naturaleza de los fenómenos que ocurren. Desde la comprensión, elaborar modos de vida que le permitan la

sobrevivencia; más allá, la subsistencia en condiciones que permitan perdurar y acceder a altos grados de comodidad.

En el asombro, el hombre descubre que no está solo. Ser hombre muy lejos está de ser una entidad exclusiva, limitada, totalmente independiente del mundo, de la realidad: de otros. El ser humano se revela como imbricación, construcción, elaboración, tejido con otros, muchos otros. Así, pensar, razonar el mundo, pasa necesariamente por muchos procesos de relación con otros.

Ser es ser con otros; así, razonar es una capacidad que se ejerce en conjunto. Entonces, acaecen dos espacios de razonamiento precisos, delimitados a primera vista. En una primera instancia está el espacio subjetivo como un lugar que se identifica en la intimidad de cada uno de los seres que piensan. Ahí ocurren, se relacionan, se contrastan, resumen, sintetizan los razonamientos internos. Luego de ocurrir diversos y diferentes haberes cognitivos cada ser humano tiene haberes que afirmar, compartir.

Seguidamente, lo que se afirma en el espacio interior es arrojado al lugar común. Ahora, se identifica otro lugar de enunciación: el espacio de las intersubjetividades. Aquí confluyen los pareceres, las reflexiones que la subjetividad construye. Ocurren iguales procesos cognitivos, hay contraste, confrontación, inferencias, deducciones a partir de las ideas. Paso seguido, se producen uniones que validan específicos saberes; los cuales ocurren en determinados nichos sociales.

En eso, se identifica la confirmación en conjunto como el medio a través del cual se legitima lo que se conoce. La ciencia se da como encuentro de pareceres, de razonamientos, de apreciaciones. Estos juicios se generan gracias al operar de la subjetividad ante las impresiones que los fenómenos colocan en la consciencia. Así, se tejen cuerpos teóricos basados en los encuentros de valoraciones que la realidad imprime en el espacio interno.

Se ratifica que existe un mecanismo a través del cual es posible inferir premisas basándose sobre la realidad: La razón. Y, que el cuerpo teórico que se teje: -la ciencia-, tiene relación concomitante con los fenómenos que operan en el espacio que en conjunto se reconocen como realidad.

Por lo cual, la ciencia se afirma como cuerpo teórico que ofrece premisas con grado tal de confiabilidad que le otorga cualidad de utilidad. Y, es precisamente la traducción que hace de la

realidad la que legitima el haber que presenta. La ciencia se precia de ser veraz porque es capaz de traducir en conceptos las inferencias que los razonamientos realizan de la alta diversidad de fenómenos que suceden en el mundo.

La ciencia brinda los saberes que a la sociedad le es recomendable asistir cuando se desean realizar operaciones que transformen las condiciones de vida. Se trata de conocimientos que se atienden siempre y cuando se diseñan estrategias que restringen los problemas que enfrentan las comunidades. Así, las operaciones necesarias para que la técnica sustente mejores formas de vida necesitan del saber científico. Los acueductos, las vacunas, las carreteras asfaltadas, las redes eléctricas y computacionales, los antibióticos y desparasitantes; por ejemplo, se tratan de haberes técnicos que permiten cimentar formas de vida mucho más cómodas, fundamentando sus procedimientos y organizaciones en las premisas que la ciencia ofrece.

Frente a los haberes técnicos que la ciencia posibilita, los optimismos se producen; sin embargo, frente a estos se admiten dos falencias. Una se relaciona con las maneras de legitimar los saberes; otra insiste en los límites de lo posible. La realidad se presenta a modo de un entramado complejo de relaciones, teje diversos y diferentes niveles y complejidades entre los haberes que componen el mundo. Para Ladrière (1984: 162):

La transformación del dato en su verdad, verdadero objetivo del proceso crítico, se realiza en la instauración del sistema. Lo que constituye el sistema como sistema es la conexión, comprendida no en el sentido de una simple conexión de hecho sino en el de una concatenación necesaria.

La complejidad del sistema se constriñe cuando se intenta aprender a través del monismo epistémico que legitima la ciencia positivista. En cuanto, se necesitan aperturas epistémicas que autoricen otros enfoques, racionalidades que apoyen diferentes vías de acceder a interpretaciones de la realidad. Los enfoques racionalista-deductivo y vivencial justifican la coordinación de entidades de saberes que ofrecen conocimiento útil como apertura sensible al mundo. Subraya Morin (1984: 83):

La racionalización una lógica cerrada y demencial que cree poder aplicarse a lo real, y cuando lo real se niega a aplicarse a esta lógica, se le niega o bien se le introducen forceps para que obedezca, sistema éste de campo de concentración. La

racionalización es demencial, y sin embargo tiene los mismos ingredientes que la razón. La única diferencia es que la razón debe estar abierta y acepta, reconoce, en el universo, la presencia de lo no racionalizable, es decir, la parte de lo desconocido o la parte del misterio.

Emerge así, la necesidad de reconocer otras maneras de racionalidad que rebasen los términos del enfoque empirista. Se presenta la *razón sensible* como categoría que contiene concretas nociones que amplían considerablemente las comprensiones de la realidad.

Pensar a través de la razón y razonar a través de los sentidos sensibles, implica, pues, otro tipo de racionalidad que nos es la de las deducciones-reducciones logicistas de la experiencia objetiva del conocimiento. Este otro tipo de razón que bien puede considerarse como sensible se atribuye la comprensión del sentido desde la perspectiva estética de sus connotaciones. O sea, es una racionalidad (...) propia de la hermenéutica simbólica que considera la sensorialidad de los sentidos la fuente de la comprensión del contexto del sentido a través de los símbolos e imágenes artísticas. Esta especie u orden de los sentidos de la sensibilidad, nos permiten descubrir el mundo de las sensaciones como experiencias del pensar que se organizan cognitivamente como voliciones, valencias, del sujeto de la experiencia que es capaz de abrirse a su presencia motivacional y expectante (Márquez-Fernández, 2021:43).

Estos permisos dejan reconocer un aspecto de suma importancia respecto a la necesidad de multiplicar la vida en condiciones de habitabilidad. La *razón sensible* arroja saberes legitimados a través del mecanismo que exige producir vida acorde con la dignidad que esta contiene. En tal sentido, las *praxis* humanas se aprueban según esta condición. Se reconocen los límites técnicos de la ciencia como delimitación de lo posible.

Junto a esto, la educación se presenta como la estrategia humanizante por excelencia. En tal sentido, todo proyecto que procura la convivencia pasa necesariamente por disponer las herramientas pedagógicas en virtud de educar como acto de humanización. Esto, destaca el hecho que las sociedades posibles son realizables al ser lugares donde los seres humanos reconocen las características, recursos, habilidades que contienen con la finalidad de conformar lugares habitables.

Entonces, la educación informa ciertamente sobre las características del mundo físico, las diversas expresiones de los fenómenos al expresar realidad. Junto a esto, identificar los límites

de lo posiblemente técnico. Este reconocimiento es dado porque la pedagogía es capaz de humanizar las convivencias al adiestrar en valores. La disposición solidaria y compasiva hacia los otros permite desvincular imposiciones con la finalidad de otorgar habitabilidad al mundo. La educación posible expresa *razón sensible* como estrategia para la habitabilidad común del mundo.

Por consiguiente, la *razón sensible* exige que las prácticas humanas sean valoradas según la capacidad de reproducir vida habitable en cuanto presenta situaciones justas y equitativas. En este sentido, se identifica la pertinencia de las acciones técnicas. No todo es posible porque la vida contiene dignidad. Junto a esto, la capacidad humana de pensar las complejas relaciones que componen la realidad significa el justo mecanismo que el sistema contiene para sustentar su persistencia a lo largo del tiempo.

Por ello emerge la necesidad de pensar desde el punto de vista de la complejidad, pero no en atención a una simple demanda metodológica, sino de cara a la asunción ya inescapable de que el mundo y el universo, en definitiva lo real, son intrínsecamente complejos. De modo que la complejidad no es un adjetivo, es un sustantivo, es la propia trama, naturaleza y contenido de lo real. (Fernández, 2007:128).

Se advierten y denuncian las hegemonías como imposiciones que intencionalmente cercenan la *razón sensible* para desdibujar los límites de lo posible. Se trata de denunciar la desfragmentación que a la razón limitan para desdibujar los haberes que atentan contra la vida como multirrelación compleja de sistemas.

En este sentido, el principal objetivo de la investigación vincula la dimensión ética a la producción de bienes y servicios, con la finalidad de identificar los límites de lo técnicamente posible. Así, se presenta la corresponsabilidad como habilidad que permite formas de convivencia que no degraden los nichos ecológicos y las relaciones humanas. Junto a esto, destacamos la importancia de la educación como vía expedita para concientizar a los seres humanos en la importancia de condicionar los modos de relación humana a principios éticos que permitan formas de vida equitativa, cónsonas con la dignidad implícita en la vida.

1. Las aperturas que articulan ciencia

¿Qué es ciencia? La ciencia como término genérico envuelve una multitud de disciplinas que se precian de informar verazmente sobre las operaciones que suceden en la realidad.

Las ciencias dan por sentado dos haberes. Que existe uno o varios métodos que al emplear se obtiene conocimiento cierto; por otro lado, que el mundo se presenta con ciertas regularidades, precisiones, repeticiones, causalidades, que pueden identificarse claramente con la finalidad de realizar afirmaciones que suelen constatarse en la facticidad.

La estructura de la realidad es tal que permite la aplicación de nuestras construcciones conceptuales. Nos damos cuenta, sin embargo, de que todas las leyes científicas no representan más que abstracciones e idealizaciones que expresan ciertos aspectos de la realidad. Toda ciencia es una imagen esquematizada de la realidad, en el sentido de que determinada construcción conceptual está inequívocamente vinculada a ciertos rasgos de orden de la realidad; precisamente como los planos de un edificio no son el edificio, ni lo representan en modo alguno cabalmente, con la disposición de los ladrillos y las fuerzas que los retienen juntos, lo cual no es óbice para que exista una correspondencia equitativa entre lo trazado en el papel y la auténtica construcción de piedra, metal y madera. (Ludwig Von Bertalanffy, 1986:85).

Se asume que la realidad está constituida por determinadas repeticiones, constantes físicas sobre los cuales los métodos deben operar con la finalidad de afirmar certezas. La biología con sus diversas disciplinas adquiere certezas de las constantes físicas que anuncian los fenómenos. Así, de ciertos pesos, dimensiones, espacios, sabores, se deducen las constantes que funcionan en el mundo.

La realidad, concebida de un modo nuevo, se presenta como un tremendo orden jerárquico de entidades organizadas que va, en superposición de numerosos niveles, de los sistemas físicos y químicos a los biológicos y sociológicos. La unidad de la ciencia no es asegurada por una utópica reducción de todas las ciencias a la física y la química, sino por las uniformidades estructurales entre los diferentes niveles de la realidad. (Ludwig Von Bertalanffy, 1986: 90).

En el mundo se descubren eventos constantes, exactitudes, ajustados y exactos órdenes que le dan a la ciencia una de sus más preciadas cualidades; la capacidad de predecir. Taxativamente la ciencia constituye un cuerpo de saber útil porque es capaz de predecir eventos; al considerar un número determinado de variables es capaz de anunciar determinadas

precisiones. Esto, porque dentro de limitadas circunstancias los seres humanos descubren el mundo regular, constante, equilibrado.

Gracias a la capacidad de predecir a las ciencias le es posible colocar tratamientos para cada dolencia en busca de alivio; puede recomendar precisiones y cantidades que evitan que los puentes colapsen, es capaz de introducir obsolescencia programada en un producto. Las premisas que componen cada cuerpo conceptual facilitan operar en el mundo, al reducir las dispersiones, los accidentes, los infortunios consecuentes de habitar un mundo que nada se puede afirmar con certeza de él.

En tanto, se deduce del mundo las regularidades que en él funcionan; a su vez, se organizan los métodos técnicos que facilitan obtener saber justo. Se trata de entidades procedimentales que puestos en funcionamientos arrojan saber. La ciencia moderna nace con el optimismo de sustentar sus saberes gracias al operar de un exclusivo método. El monismo epistémico que caracteriza la modernidad se da como universalización de una organización de procedimientos preestablecidos.

El método que los científicos validan como universal distingue determinadas fases. Observa el mundo, los eventos se registran minuciosamente; de estos se dilucidan ciertas inferencias que permiten establecer premisas, la hipótesis es confrontada al experimentar sobre la realidad, las reacciones son apuntadas con la finalidad de aprobar o desacreditar la primera inferencia. Así, de la ratificación de la premisa se deduce un nuevo saber al proponer otra premisa a constatar en la realidad con diferente experimentación. Menciona Morin (1984:34):

En efecto, las teorías científicas dan forma, ordenan y organizan los datos verificados sobre los que se fundan, y por ello mismo son sistemas de ideas, construcciones del espíritu que se aplican a los datos para adecuárseles. Pero, continuamente, nuevos medios de observación o de experimentación, o una nueva atención, hacen surgir datos desconocidos, invisibles. A partir de ahí, las teorías dejan de ser adecuadas y, si no es posible ampliarlas, se hace necesario inventar otras nuevas. De hecho, «la ciencia es más cambiante que la teología» (...) En efecto, la teología tiene una estabilidad muy grande porque se funda en un mundo sobrenatural inverificable, mientras que lo que se funda en el mundo natural siempre es refutable.

De esta manera, el cuerpo que conforma cada ciencia sucede del tejido de las confirmaciones o cancelaciones de las propuestas hechas. Premisas que son confrontadas con las

regularidades que funcionan en la realidad. Todos los instrumentos que la ciencia se precia de desarrollar no son más que ampliaciones de los sentidos.

Por lo cual, el saber se encuentra afirmado porque se observa, se pesa, se mide, se prueba el mundo. La ciencia se precia de exactitud y veracidad porque comprueba, tiene la capacidad de constatar; justa y ciertamente: ve. Es la capacidad de observar las regularidades la que le permite a la ciencia afirmar ser veraz.

Entonces, sobreviene el optimismo metódico que las ciencias exhiben. El positivismo de las ciencias fácticas se cimenta en el optimismo de contar con un cuerpo procedimental que al ser constatado con la dimensión fáctica del mundo deduce saber. Pero, ante esta confianza salta el hecho que no todos los fenómenos que en el mundo suceden son susceptibles de ser constatados a través del método que legitima el saber de estas ciencias.

Muy contrario al parecer de muchos optimistas positivistas, en la realidad suceden otros eventos que son incapaces de ser aprendidos por el método promovido por la modernidad científica. Por más que se fuerce, se intente, se insista, mucho de lo presentado por la realidad es inconmensurable al monismo epistémico. Desear, querer, amar, rivalizar y odiar. Estas sensaciones, sentimientos, impulsos caracterizan no poco del perfil psicológico individual y social.

Ante tal incapacidad del monismo epistémico de las ciencias fácticas, otros saberes se tejen. Junto al enfoque empírico que caracteriza las investigaciones fácticas, aparece el enfoque racionalista-deductivo y vivencial como legitimación de otros saberes que se precian también de ser ciertos, veraces, en consecuencia: útiles.

A los estudios de sistemas fácticos se anteponen otros tipos de estructuras cognitivas, de disciplinas. Los razonamientos humanísticos se fundamentan en el mismo optimismo que los procedimientos empíricos: Ostentar la cualidad de ofrecer conocimiento cierto, veraz y comprobable. Pero, el monismo epistémico se quiebra porque la realidad evade los límites que las ciencias imponen. Se tejen otros saberes; más precisamente, otras racionalidades.

Sucede que las disciplinas que estudian los sistemas humanos ofrecen saber que se precia de ser comprobable, por tal circunscrito a la realidad; seguidamente, de igual manera tiene la

capacidad de predecir. Pero, los razonamientos que admiten presentarse a modo de método deben estructurarse de tal manera que sean adecuados a la naturaleza de la situación en estudio.

Se identifica que los métodos que se emplean con la finalidad de obtener saber del mundo deben modelarse según la naturaleza de lo que se observa. El enfoque racionalista-deductivo sirve como herramienta para pensar, analizar, razonar las situaciones que en la realidad se evidencian. Pero, claramente privilegia el momento de racionalidad como entidad que legitima lo que se afirma.

En este caso quien investiga observa la realidad, pero junto a esto confronta los razonamientos del decir que los otros presentan. Seguidamente se admiten las palabras como sustancias que transmiten razonamientos, como entidades que autorizan las nociones y categorías que se legitiman. Se advierte contra el principio de autoridad como primera falencia que puede invalidar las afirmaciones en cuanto valederas.

Es destacable el hecho que quien reflexiona los sucesos sociales se encuentra irreductiblemente contenido por las axiologías legitimadas en la cultura que habita; desde estos marcos conceptuales reflexiona el mundo que habita. Explica esto la justificación acérrima que Aristóteles hace a la esclavitud, afirmación que a cualquier pensador hoy causa aversión.

Posteriormente, ante toda deducción racionalista-deductiva el ser humano se sitúa frente a una peculiar y determinada aprobación del mundo; específicamente, lo que se afirma se hace desde los permisos que las contenciones culturales colocan en las afirmaciones. Pero, estas subjetividades lejos están de invalidar lo afirmado por quien investiga. Esto sólo destaca el hecho de las particularidades, las características y contrastes que se presentan entre los diversos enfoques de investigación.

A su vez, el enfoque vivencial se debe a la naturaleza y situación de los análisis que se dan. Este enfoque privilegia los esfuerzos comprensivos que se hacen al habitar situaciones específicas. El ser humano está ante el hecho que quien vive el mundo tiene mucho que afirmar de las circunstancias por otros habitadas; y, estas afirmaciones adquieren validez en cuanto traducción veraz de lo que se afirma. Las palabras –en ese sentido– se presentan con la pretensión de traducir fidedignamente lo que en la realidad sucede.

Las investigaciones organizadas desde el enfoque vivencial ofrecen cuerpos teóricos que de sí afirman ser ciertas. Es el método predilecto de las investigaciones sociológicas y antropológicas. Refleja las apreciaciones derivadas de quienes habitan precisas situaciones y de su experiencia tienen algo que ofrecer. En tanto, se descubren los desdibujamientos del monismo epistémico que impone los marcos conceptuales positivistas. No existe una exclusiva realidad; mucho menos la admisión universal del método que se impone como único mecanismo a través del cual se legitima el saber.

Por supuesto que pueden comprobarse los periodos y lugares habitados por las comunidades; por ejemplo, estudiando sus vasijas se determina de qué se alimentaban. Junto a estas precisiones, también tienen mucho que contar las experiencias, sensaciones de quienes han residido en determinadas sociedades. Así, se construye un aspecto ontológico relevante que elude la exclusividad metódica: La realidad es disímil, dúctil, variable.

Así como no existe un exclusivo modo de ser humano, comunidad y sociedad, es altamente reduccionista la pretensión de traducir, captar la alta complejidad que la realidad ofrece tras el operar de un exacto método. La física aborda – por ejemplo- la condición fáctica de la realidad. Pero, la compleja condición del escenario elude con creces los límites y precisiones del método empírico.

El principio de explicación de la ciencia clásica eliminaba al observador de la observación. La microfísica, la teoría de la información, la teoría de sistemas, vuelven a introducir al observador en la observación. La sociología y la antropología exigen situarse *hic et nunc*, es decir, tomar consciencia de la determinación etnosociocéntrica que, de partida, hipoteca toda concepción de la sociedad, de la cultura, del hombre. El sociólogo debe preguntarse continuamente cómo puede concebir una sociedad de la que forma parte. El antropólogo contemporáneo ya se dice: «¿Cómo puedo, yo, portador inconsciente de los valores de mi cultura, juzgar una cultura llamada primitiva o arcaica? ¿Qué vale nuestros criterios de racionalidad?» A partir de ahí comienza la necesaria autorrevalorización del observador, que se pregunta: «¿quién soy?» «¿dónde estoy?». El yo que aquí surge es el yo modesto que descubre que su punto de vista es necesariamente parcial y relativo. Así, vemos que el propio progreso del conocimiento científico necesita que el observador se incluya en su observación, que el concepto se incluya en su concepción, en suma, que el sujeto se vuelva a introducir de forma autocrítica y autorreflexiva en su conocimiento de los objetos. (Morin (1984: 47).

Los saberes que se tejen a través de los enfoques racionalistas-deductivo y vivencial ayudan a acceder a conocimientos útiles. Más allá, y empleando el término adecuado: conocimiento científico, en cuanto la presencia de una entidad conceptual que presenta premisas veraces, valederas; correlatos de la realidad.

2. La *razón sensible* como límite de lo posible

Se evidencian los permisos que deben accederse para que la ciencia articule cuerpos de saberes amplios en tanto atienden a la diversidad, complejidad de la realidad. Por tanto, se afirma el hecho que la racionalidad lejos está de ser solamente las inferencias que de las comprobaciones físicas de los fenómenos. Se admite la *razón sensible* a modo de ampliación de las formas de conocer.

Será, pues, tarea de la *razón sensible* crear las posibilidades del gusto y placer por la vida a partir del reconocimiento e identidad de los sujetos frente al mundo sensorial e imaginario del que forman parte. La posibilidad-probabilidad de este otro conocimiento del mundo en su sensibilidad natural e histórica, es el propósito de la *razón sensible*, como esfuerzo recuperativo de los saberes de la razón (y no tanto de la racionalidad de la razón). La auténtica humanización del hombre a través de sí y de la naturaleza, parte de la condición simbólica y mítica que procura crear a través de su pasión por la vida, una trascendencia. (Márquez-Fernández, 2021:44).

La categoría *razón sensible* habilita cuerpos conceptuales que el método epistémico que legitima la ciencia fáctica no puede acceder. Refiere al hecho que la descripción del mundo que desde las comprobaciones se realizan es incapaz de articular axiología pertinente. De ahí que, la minuciosa descripción que de las condiciones físicas de la realidad puede hacer el método científico nada afirma sobre los límites de la acción humana.

A las descripciones fácticas de la condición material de la existencia le resulta relativamente fácil determinar la suma de componentes para presentar alimentos poco nutritivos saborizados artificialmente. Pero es incapaz de pronunciar saberes sobre la pertinencia de llenar los mercados de alimentos con baja capacidad alimenticia. En consecuencia, queda indemne ante el aumento de la desnutrición y muerte infantil.

Más allá, los procedimientos técnicos permiten deforestar en muy pocas horas todos los bosques del mundo con la finalidad de colmar los anaqueles de muebles, lámparas y bisuterías.

Pero, nada asevera sobre la pertinencia de este proceder. En consecuencia, rinde ante los intereses que se suman cuando las exigencias del mercado priman sobre los límites de lo posible.

Seguidamente, los altos niveles de ganancias ostentados por quienes controlan la técnica, al desconocer los límites de lo posible, precarizan los espacios habitables; los seres humanos dispondrán la negación a la vida en espacios muy reducidos. Se ajustará la alimentación requerida por la suma de los trabajadores del mundo para que le sea posible sobrevivir a jornadas de más de dieciséis horas de trabajo por día; nada se mencionará sobre las situaciones de esclavitud a la que se someten los inmigrantes, los desposeídos, a quienes quitaron las tierras cultivables.

Cuando el mercado coloca los límites de lo posible se amplían sustancialmente las lesiones que a la dignidad humana se le hace. Entonces la ciencia se hace saber acrítica, maleable, francamente manejable según los rendimientos monetarios que los procedimientos técnicos ofrecen. Los recursos que permiten la vida se convierten en la alcancía de quienes controlan lo posible. Debe atenderse el hecho que:

El antropocentrismo es heredero del logos occidental, que justifica la explotación del medioambiente para satisfacer las necesidades humanas. La acumulación de capital se articula con un discurso utilitarista, basado en los intereses humanos sobre el bien común, el buen vivir y la permanencia de la vida en el planeta. Es así como la civilización occidental concibe la naturaleza con un bien, donde el hombre pierde esa relación espiritual y ancestral con ella, deja de ser parte de la misma, convirtiéndose en un medio para alcanzar el progreso (Mejía González et al., 2021: 64-65).

En consecuencia, la ambición y las enajenaciones necesariamente se abren de las circunscripciones de la racionalidad. La suma de urgencias y miserias contemporáneas obliga a identificar los límites de lo posible para que la vida siga sucediendo.

El modelo de sociedad actual caracterizado por la violencia, la sobre-explotación de los recursos naturales, la acumulación y el crecimiento cuantitativo de las riquezas en manos de unos pocos, siempre en detrimento de las mayorías empobrecidas ha ocasionado una ruptura en las relaciones sociales y en las relaciones del ser humano con el ambiente (Guanilo Pareja et al., 2021: 344).

El mundo dista de ser mercancía, y no existe prosperidad ni vida posible sustentada sobre la rapacidad; por lo menos no vida en condiciones dignas. Así, la epistemología posible:

Se esfuerza en abrir y desarrollar por doquier el diálogo entre orden, desorden y organización para concebir, en su especificidad, en cada uno de sus niveles, los fenómenos físicos, biológicos y humanos. Se esfuerza en la visión poliocular o poliscópica, en la que, por ejemplo, las dimensiones físicas, biológicas, espirituales, culturales, sociológicas, históricas de lo humano dejan de ser incomunicables. El principio de explicación de la ciencia clásica tendía a reducir lo conocible a lo manipulable. Actualmente, hay que insistir con fuerza en la utilidad de un conocimiento que pueda servir para ser reflexionado, meditado, discutido, incorporado por cada uno en su saber, su experiencia, su vida (Morin, 1984:48).

Ante estas aseveraciones, sigue caracterizar la *razón sensible*. En primer lugar, salta el hecho que se trata de un modo de abordar la realidad con la pretensión de abarcar haberes mucho más amplios de aquellos que al monismo epistémico de las ciencias fácticas le es posible distinguir. Esta razón autoriza enfoques racionalistas-deductivos y vivenciales. Se propone componer relatos que abarquen la realidad de las contingencias; posibilita hacer afirmaciones veraces: presentar cuerpos de saberes que autorizan formas de vida dignas.

A su vez, estas autorizaciones tienen el propósito de identificar los límites de lo posible. Saber la permisibilidad dada ante los procedimientos que la técnica puede realizar. Reconoce el hecho diáfano que si se consume la totalidad de los recursos que permiten la vida, esta ya no será posible. Y mucho más allá de la condición de sustentabilidad de la vida, se trata de razonamientos axiológicos en cuanto considera la condición de dignidad inherente a la vida.

Las justificaciones de la dignidad autorizan las estrategias que permiten la vida. Ante la obviedad no pocas veces la objetividad de las ciencias fácticas esconde la intencionada indiferencia ante la diversidad de formas de vida humana. “Cualquier identificación o descripción de un fenómeno lo es a partir de determinado sistema social de representación/interpretación; la pretensión de captar el fenómeno en sí y objetivamente lleva implícito el sistema de valoraciones desde el que se lo identifica” (Magariños de Morentin, 2020:6).

Desconocimiento visiblemente justificado ante los intereses que intenta esconder; se trata de develar la condición humana. Y esto se enfrenta con el hecho cierto de que la totalidad de haberes que a la técnica le es posible hacer, no todo le está permitido. En *Los Hermanos Karamazov*, Dostoyevski coloca ante el dilema: *Si Dios no existe todo está permitido*. La condición de realidad

enfrenta al ser humano a la situación que, aunque sea posible técnicamente realizar una suma considerable de actos, todos no están permitidos pues la vida contiene dignidad.

Lejos está la condición de dignidad de ser un permiso dado arbitrariamente, remotamente está de ser una opción; menos una alternativa a escoger a capricho. Se trata del reconocimiento que los seres humanos realizan al mundo en sus deseos de continuar vivos. El reconocimiento de la condición de dignidad implícita en la vida trata sobre la principal condición límite que determina la posibilidad de continuidad.

La *razón sensible* vincula dos haberes humanos, que visiones interesadas han desarticulado. La razón como capacidad de pensamiento, reflexión que traduce la realidad; se trata de la posibilidad humana de realizar inferencias y deducciones de la impresión que los fenómenos hacen en la conciencia. Específicamente, la racionalidad media en común las apreciaciones con la finalidad de presentar cuerpos de saberes que se precian de legitimidad al poseer mayor reconocimiento.

Junto a los hechos, la *razón sensible* imbrica los haberes que los fenómenos merecen en la conciencia, pero esta dimensión remite a un saber que da cuenta sobre la corresponsabilidad que los seres humanos poseen unos con otros. Así, se descubre como específica situación humana la solidaridad y compasión. Los hechos de corresponsabilidad lejos están de tratarse de reconocimientos arbitrarios; se trata de la capacidad humana de tejer formas de vida habitables al ser más justas y equitativas.

Razonar sentimentalmente es diferente a razonar racionalmente. Es pensar desde la imaginación y la fantasía, la ilusión y la metáfora, la realidad trans-física de las ideas sensibles. La emoción es causa primera del pensar sensible. Ella le da origen y lo fecunda, lo impregna de historias y destinos. Es vivir esa otra mundanidad del mundo, donde el mundo sentido y re-sentido se transforma en una libertad para ser y hacer-nos de una manera mucho más libre y autónoma. Sin restricciones ni fronteras cognoscitivas. Pensar sentimentalmente es una expectación abierta a la realidad en su dimensión estética y dramática, donde la pasión que es la Vida es una convivencia por el placer de sentir los afectos del sentimiento (Márquez-Fernández, 2021:15).

La vinculación entre eventos de razón y hechos sensibles alertan sobre los límites de lo posible. Salta la realidad que todo sistema hegemónico es abiertamente castrante de la condición humana al desatender la relación entre razón y sensibilidad; privilegiando los sucesos de razón,

nubla la capacidad de advertir los límites de las acciones. Ante esto, justificando la corresponsabilidad ética, Maturana (2006:77). escribe:

Para que exista un sistema social debe darse la recurrencia en las interacciones que resultan en la coordinación conductual de sus miembros, es decir, debe darse la recurrencia de interacciones cooperativas. De hecho, si hay recurrencia de interacciones cooperativas entre dos o más seres vivos, el resultado puede ser un sistema social, si tal recurrencia de interacciones pasa a ser un mecanismo mediante el cual estos realizan su *autopoiesis*. La recurrencia de interacciones cooperativas es siempre expresión del operar de los seres vivos participantes en un dominio de acoplamiento estructural recíproco y durará tanto como éste dure.

La *razón sensible* no es un saber lacrimoso, melodramático y meloso; señalamientos que fácilmente pueden hacerse desde los sesgos cognitivos que contienen quienes niegan los límites que a la técnica le es posible hacer. Por lo tanto, cuando se argumenta sobre *razón sensible* se piensa sobre los hechos de corresponsabilidad que los seres humanos tienen como individuos y seres sociales. Se trata de tejer los derechos humanos desde la solidaridad y fraternidad para que se quiebren los egoísmos del derecho exclusivo del propietario, con la finalidad de ampliar los permisos a la convivencia que las comunidades humanas se permiten. En tal sentido:

La tercera generación de derechos se manifiesta con la recepción de los derechos de la solidaridad, los derechos colectivos y participativos que hacen a hombre y su entorno y la convivencia. Tal los derechos a la paz, desarrollo económico, al ambiente sano, al patrimonio cultural, el acceso a la justicia y la protección a los derechos del consumidor, la libre determinación de los pueblos que amplía las bases de la legitimación de los gobiernos, etc. Este proceso se advierte en la segunda mitad del siglo XX, donde se trata de garantizar la satisfacción de las necesidades futuras (de la actual y las futuras generaciones) que expresan los valores de la fraternidad y la solidaridad que buscan preservar y asegurar la calidad de vida de todos los habitantes del planeta (Aquino Britos, 2018:147,148).

Pueden identificarse tres niveles axiológicos de compromiso humano. Un nivel que se relaciona con el cuidado de sí como responsabilidad primigenia, está relacionada con las formas de trato que se da a las diversas circunstancias; tiene que ver con la conservación saludable de sí, tanto en sentido psíquico como físico. La siguiente relación es con otros seres humanos, se vincula estrechamente con el ejercicio de la política como *praxis* que dispone los medios para

permitir maneras de vivir como correlatos de la dignidad que quienes están involucrados se reconocen.

El ser humano es constitutivamente social. No existe lo humano fuera de lo social. Lo genético no determina lo humano, sólo funda lo humanizable. Para ser humano hay que crecer humano entre humanos. Aunque esto parece obvio, se olvida al olvidar que se es humano sólo de la manera de ser humano de las sociedades a que se pertenece. Si pertenecemos a sociedades que validan con la conducta cotidiana de sus miembros el respeto a los mayores, la honestidad consigo mismo, la seriedad en la acción y la veracidad en el lenguaje, ése será nuestro modo de ser humanos y el de nuestros hijos. Por el contrario, si pertenecemos a una sociedad cuyos miembros validan con su conducta cotidiana la hipocresía, el abuso, la mentira y el autoengaño, ése será nuestro modo de ser humanos y el de nuestros hijos (Aquino Britos, 2018:80).

El tercer nivel destaca las relaciones que los seres humanos desarrollan con la vida no humana; implica acciones ecológicas como sustento, ocupación y cuidado de la existencia. Este nivel es especial en cuanto se reconoce vida, por tanto, dignidad en quienes carecen de consciencia para reconocerse tal. Pero, se descubre que el cuidado de la vida no humana además de reproducir los recursos que favorecen la producción de la vida, a su vez, involucra prácticas que implican el cuidado de sí.

Subraya el hecho que no existe cuidado de sí valedero que inmiscuya reducciones en la calidad de vida que los no humanos desarrollan. La ecología se presenta entonces como reconocimiento de dignidad a otras maneras de vida que favorece invariablemente las formas humanas de vivir. Así, destaca el hecho que los límites de las prácticas humanas tratan sobre la necesidad de reproducir vida digna.

El hombre no es sólo un animal político; es, antes y sobre todo, un individuo. Los valores reales de la humanidad no son los que comparte con las entidades biológicas, con el funcionamiento de un organismo o una comunidad de animales, sino los que proceden de la mente individual. La sociedad humana no es una comunidad de hormigas o de termites, regida por instinto heredado y controlada por las leyes de la totalidad superordinada; se funda en los logros del individuo, y está perdida si se hace de éste una rueda de la máquina social. En mi opinión, tal es el precepto último que ofrece una teoría de la organización: no un manual para que dictadores de cualquier denominación sojuzguen con mayor eficiencia a los seres humanos aplicando científicamente las leyes férreas, sino una advertencia de que el Leviatán de la organización no debe engullir al individuo si no quiere firmar su sentencia inapelable (Ludwig Von Bertalanffy, 1986:57).

Las maneras de relacionar, interactuar, vincular los tres niveles antes descritos con la complejidad de sistemas que relacionan la realidad, involucran corresponsabilidad ética como entidad que reproduce vida sustentable y digna. Esto permite evidenciar los desfavores que a este planteamiento hace todo sistema hegemónico; pues, como forma contra humana de articular existencia se preocupa por borrar los límites de lo posible, para que los hechos que sacrifican vida digna ocurran.

Los sesgos cognitivos son tales porque desconocen, no consideran, niegan o disminuyen la corresponsabilidad de los seres humanos con la vida. Estos sesgos favorecen la explotación de los recursos que sustentan los sistemas que permiten vivir. Se trata de cortar, disminuir, empequeñecer la racionalidad como medio de reconocer las responsabilidades de los seres humanos a sí mismos, los otros y la vida no humana; para que los medios que permiten la vida sean sacrificados en beneficio de la reproducción de los intereses egoístas. Debe atenderse al hecho que: “La civilización occidental se expande con un modelo desarrollista, que justifica la colonización y el sometimiento de los pueblos; ideologiza, enajena y cercena la identidad individual y colectiva” (Mejía González et al., 2021: 59).

Estos egotismos son desfragmentados por la *razón sensible*. Estos propósitos nos colocan frente a la pregunta ¿Cómo hacer que los complejos sistemas que se correlacionan permanentemente puedan autorregularse éticamente para que haya equilibrio? Se trata específicamente de ¿Cómo introducir regulación axiológica dentro de las intrincadas imbricaciones que operan en la realidad? Estas interrogantes presentan el hecho que los sistemas deben autorregularse éticamente para que la subsistencia sea posible. En las correlaciones que se establecen entre los componentes debe mediar la corresponsabilidad como principio moderador de los acontecimientos. Salta el hecho que:

La complejidad es interpretar la naturaleza en su anudamiento de contradicciones, paradojas, orden y desorden, desintegración y autoorganización al mismo tiempo. Es en este enjambre de problemas donde fracasó ruidosamente la ciencia convencional con sus precarios paradigmas de reducción-disyunción que aísla a los objetos, insulariza a la ciencia y pretende unificar lo diverso mediante la medición. En este sentido, es preciso aceptar sin mayores traumas que el principio clásico de explicación que excluía el azar ha colapsado. Luego, se impone reconocer el desorden, la dispersión y las contradicciones que habitan en el corazón mismo de la física. Ello

no es un error del pensamiento ni un pensamiento extravagante, sencillamente es lo propio de la complejidad, encarar el conocimiento sobre la base del complexus, de lo que está tejido en conjunto, comunicación entre el objeto y el entorno, entre cosa observada y observador (Fernández, 2007:133).

Todo lo anterior pone en evidencia dos eventos. El ser humano constituye el momento de consciencia dentro de la realidad. Se trata del hecho obvio que las muchas operaciones que funcionan dentro de los sistemas tienen el momento de consciencia específicamente en el ser humano. En el hombre reside la capacidad que la realidad tiene de autorreflexionarse, de autopensarse. En tal medida, es el ser humano quien puede regular éticamente los sistemas que interactúan.

La construcción racional del conocimiento, indistintamente su naturaleza, procede del único ser racional que es capaz de conocer a partir de hipótesis, teorías y métodos, las condiciones y las transformaciones de la vida del mundo natural e histórico que le rodea: éste es, el hombre (Márquez-Fernández, 2011:2).

Al ser el hombre la exclusiva entidad que dentro del complejo sistema real demuestra consciencia -como autopensamiento- es el único ser que puede construir axiología como normalización de los muchos eventos que se suceden. Hasta ahora se ha demostrado que las diversas interrelaciones demuestran múltiples conductas; pero en el ser humano se circunscribe la posibilidad de construir reflexión ética como autorregulación del sistema.

Los seres humanos como responsables de las formas de vida que se ofrecen, tienen la responsabilidad de coordinar convivencia de tal manera de las maneras sean cónsonas con la dignidad que se reconocen. Se trata de la capacidad que las sociedades tienen de apropiarse responsablemente de las acciones que se deben. De esta manera lograr la producción de bienes y servicios sin que esta atente contra la continuidad de la vida.

Por consiguiente, son las coerciones éticas las que se presentan como imposiciones exteriores sobre los sistemas como anulación de las axiologías, dado que en la consciencia humana la realidad presenta los pensamientos que norman los sucesos que son susceptibles de ser racionalizados.

Y es que frente a un crecimiento a costa del deterioro del medio ambiente, existe la necesidad de buscar un equilibrio entre consumo y ecología. Esta búsqueda, en mi

opinión, pasa por desarrollar nuestras capacidades: críticas, creativas y de conciencia ecológica, por averiguar por nosotros mismos "cuánto es suficiente" para obtener la máxima calidad de vida posible sin perjudicar la calidad de vida de las generaciones venideras y/o antes de que la Naturaleza nos diga ¡basta! (Monzó Marco, 1996).

Por esto, las regulaciones éticas que coartan la explotación técnica de la realidad lejos están de ser concesión arbitraria que se le hace a la realidad. Se trata de contingencias que los sistemas que pueden ser mejorados a lo largo del tiempo contienen. Porque el pensamiento ético que los seres humanos realizan ante las diversas dinámicas que se relacionan en el macrosistema llamado realidad, trata de entidades que la evolución coloca para autorregular los eventos en favor de acciones que mejoren las contingencias. Relata Maturana (2006:77):

Es decir, hay lenguaje –y en mi opinión así surge evolutivamente en algún momento hace más de tres millones de años en la historia de nuestro linaje- cuando los participantes de un dominio lingüístico usan palabras (coordinación conductual primaria) al coordinar sus acciones sobre las distintas circunstancias que sus coordinaciones conductuales primarias configuran, las que así aparecen por primera vez señaladas como unidades independientes, esto es, como objetos. De esto resulta, por una parte la producción de un mundo de acciones y objetos que sólo tienen existencia y significado en el dominio social en que surgen y, por otra, la producción de la autoobservación, que nos lleva a distinguirnos como objetos a nosotros mismos y a nuestras circunstancias, en la reflexión que constituye la autoconciencia como fenómeno que también tiene existencia y sentido sólo en el dominio social.

Consiguientemente, debe destacarse el hecho que la capacidad de autorreflexión que la consciencia humana hace de la realidad trata sobre el momento específico de regulación de los sistemas en favor de conducir las prácticas para la reproducción de la vida en condiciones que garanticen los haberes que permiten subsistencia. Se desestima el caos y desorden como eventos implícitos a los sistemas. En este caso, las acciones demostrarían falta de precisiones, de regulaciones y contingencia que le imposibilitaría a la ciencia predecir, legitimar saberes comprobados en la realidad.

Así como se comprueban variadas regulaciones que operan dentro de los sistemas que correlacionan la realidad, se evidencian las frecuencias que permiten predecir y legitimar las premisas, en favor de construir cuerpos teóricos veraces. Es posible identificar el pensamiento

ético como especial contingencia que busca, en primer término, mantener la subsistencia y realizar vida en mejores condiciones dignas a lo largo del tiempo.

Pensar éticamente las relaciones que componen lo real permite mejorar los ordenamientos que acontecen. Aquí la condición de mejora se encuentra estrechamente relacionada con la continuidad de ocurrencia a lo largo del tiempo; y, con las condiciones que los hechos acaecen. El pensamiento ético identifica los límites de las acciones humanas en cuanto estrategia que la realidad coloca para garantizar las condiciones que multiplican la vida.

Schopenhauer destaca que la vida quiere seguir viviendo, lo que acentúa la reflexión ética como mecanismo que la evolución presenta a modo de autorreflexión en favor de la permanencia, continuidad de las contingencias que componen la realidad (Schopenhauer, 2009). Caso contrario, el caos, el desorden establecerían las irregularidades que por un lado imposibilitarían la ciencia como conocer útil. También, provocaría las degradaciones, impulsaría el consumo y depredación que pronto anularían la capacidad de replicarse, multiplicarse que los sistemas que componen la vida exhiben.

Debido a esto, los rompimientos y desvinculaciones éticas que las hegemonías imponen dentro de los sistemas, son violaciones a la capacidad de autopensamiento o autorregulación. Las estrategias hegemónicas son acciones que cercenan la capacidad de multiplicación de los sistemas que la vida presenta. Por esto, se trata de mecanismos que cortan las posibilidades de vida en condiciones de dignidad, valiéndose de exigencias y manipulaciones que limitan la capacidad reflexiva que las consciencias demuestran.

Las hegemonías se valen de varios mecanismos que suspenden la autorreflexión como normalización que dentro de los sistemas operan; en procura de emplear los recursos que garantizan la continuidad de la vida en función de la expresión de puntuales egoísmos. Los esfuerzos se orientan para anular el autopensamiento que legitima las prácticas humanas, con la estrecha finalidad de permitir acciones que contravienen la vida.

Destaca el hecho que las hegemonías se valen de múltiples estrategias que cortan la reflexión crítica como capacidad intrínseca a la vida. Suceden las alineaciones y enajenaciones para subsumir la racionalidad a las exigencias que legitiman los modos contrahumanos de ser.

Efectivamente, se anulan los hilos que asocian comunidad, se coartan los mecanismos que permiten la correspondencia ética; se anula la corresponsabilidad.

A su vez, la razón se escinde de la dimensión sensible. Las hegemonías como atentados contra la continuidad de la vida, necesariamente desliga la *razón sensible*. La posibilidad de ubicarse en los lugares que los otros habitan con la finalidad que la compasión resalte las injusticias y que la solidaridad mueva a las acciones que corrijan los sacrificios en el sistema, se impiden al separar la capacidad sensitiva de los hechos de razón. Se trata de garantizar los derechos humanos al estar basados en el reconocimiento de la dignidad implícita en la vida. Porque:

La mejor forma de garantizar esos derechos es contar con gobiernos democráticos y participativos basados en la igualdad y la solidaridad, en el marco de la tolerancia y el respeto de la naturaleza que obliga a una responsabilidad común y compartida (Aquino Britos, 2018: 153).

Contra este tipo de articulación humana se atenta cuando sobreviene la razón como suceso inhumano al desconocer los límites de lo técnicamente posible. La razón insiste en la objetividad al permitir los procedimientos que abiertamente atentan contra la sobrevivencia de los sistemas que la vida interrelaciona. La desconsideración ética frente a la naturaleza, como inmensa imbricación de sistemas, permite estrategias de explotación de los recursos que evidentemente quiebra la continuidad de la vida. Escribe Maturana (2006:74):

Es constitutivo de un sistema social el que sus componentes sean seres vivos, ya que sólo se constituye al conservar éstos su organización y adaptación en él, en el proceso integrado. Por esto, cualquier intento de caracterizar al sistema social de una manera que no reconozca que la conservación de la vida de sus componentes es condición constitutiva de su operar, se equivoca y especifica un sistema que no genera los fenómenos propios del sistema social. Así, por ejemplo, un conjunto humano que no incorpora la conservación de la vida de sus miembros como parte de su definición operatoria como sistema, no constituye un sistema social.

Es esta evidencia la que se desconoce cuándo se imposibilita la corresponsabilidad compartida por los seres que poseen capacidad reflexiva de los hechos. Las enajenaciones contemporáneas ocurren porque se cercenan las reflexiones que en la consciencia suceden. Este corte se debe a la suma de varios mecanismos alienantes que en las sociedades humanas se

presentan. La propaganda incesante, la mediocridad reinante en la educación cuando esta no forma en las competencias éticas que permiten la intersubjetividad a modo de humanización, la desinformación que brindan los medios de comunicación; son sólo algunos de los mecanismos que se valen las hegemonías para imposibilitar la *razón sensible* como compromiso humano ante la vida.

Ahora bien, pueden ser destacadas las diferencias entre una educación al servicio de la depredación del mundo y otra que provoca humanidad. Lejos está la educación de ser realidad desvinculada de las maneras en las cuales los seres humanos conforman sociedades. La educación se presenta como el método a través del cual los seres humanos se dan a conocer los basamentos que organizan las convivencias; también, capacitar en formas de convivencia.

En este sentido, la caracterización que de la sociedad se hace implica analizar los sustentos teóricos de la pedagogía que en las comunidades suceden. A su vez, considerar que las mejores prácticas educativas ameritan configurar los recursos pedagógicos para concientizar a los seres humanos en precisas virtudes; conocer los límites racionales de lo técnicamente posible, saber que la convivencia amerita instruirse en la corresponsabilidad ética para asumir los retos de la vida que se comparte.

Las prácticas deshumanizantes solicitan razón acrítica, desensibilizada, separada de la condición humana. Por consiguiente, insiste en la objetividad como pretexto para sacar las reflexiones éticas de los hechos educativos. Al imposibilitar reflexionar las maneras en las cuales los seres humanos en común habitan el mundo y las responsabilidades que con este se tiene, se permite la manifestación de la técnica como depredación de la realidad.

Las sociedades alienadas son incapaces de reflexionar éticamente los límites de lo posible; sirven a una razón inhábil de humanizar porque está al servicio de la máxima producción de mercaderías sin atender la realidad. Evidentemente, trata sobre una pedagogía que al insistir en la objetividad del saber científico es incapaz de considerar los compromisos éticos humanos. Las pedagogías alienantes desconocen la ética como sustento de la convivencia.

Ante la educación alienante se confronta humanización cuando los recursos que dispone la pedagogía se organizan para favorecer la convivencia: por lo cual, la capacidad humanizante

acontece en la medida que se impulsa el pensamiento crítico; reflexión sustentada en la *razón sensible* porque considera las condiciones reales de la existencia.

La ética como urgencia de las convivencias sucede al ser el mundo lugar compartido; subraya la condición que la libertad es realización humana en la medida que se habilitan las convivencias. Esto quiere decir que la educación permite humanización porque insiste en reflexionar los hechos comunes para impulsar habitabilidad.

Se enfrentan los totalitarismos que obvian los límites de lo técnicamente posible para que acontezca el consumo de los recursos disponibles, sin considerar la cancelación de la vida que esto conlleva. Se trata con educación humanizante, porque ejerce *razón sensible* como reflexión compartida de la vida.

Las sociedades futuras son posibles porque a través de la educación se ejerce *razón sensible* a favor de identificar las técnicas que impulsan habitabilidad del mundo. Se cancelan los silencios, las acriticas que las imposiciones ameritan, para ejercer la *razón sensible* como reconocimiento de lo técnicamente posible. Significa que humanizar es otorgar los permisos que reconocen la dignidad que el otro contiene.

Acaece la racionalidad como sustento de los cálculos medio-fin en favor de los sacrificios de la vida. Entonces, los sistemas en correlato se desvinculan, se escinden, se separan; se discontinúa la vida. La desconsideración ética de los hechos de vida permite los mecanismos que sacrifican los sistemas en favor de intereses egoístas. La razón como permiso sensitivo ante la vida, reivindica la ética como regulación que los sistemas ameritan para la sobrevivencia a lo largo del tiempo.

Consideraciones finales

Se aprehende la *razón sensible* como estrategia que facilita la reproducción de la vida en condiciones de dignidad. Es necesario religar las desvinculaciones impuestas entre racionalidad y sensibilidad que las hegemonías impulsan con el propósito de cortar las identificaciones de lo técnicamente posible; lo cual tiene el propósito de permitir legitimar procedimientos que abiertamente contravienen la continuidad de las inmensas relaciones que la vida imbrica.

Se imponen las reflexiones que disminuyen la distancia e integran la reflexión ética de los hechos de razón con la finalidad de reconocer los límites de lo técnicamente posible. Se concibe la ciencia en cuanto cuerpo de saber legítimo que se admite porque identifica las diversas estrategias permitidas para que la vida suceda de manera digna. Este reconocimiento plantea que las *praxis* humanas consideran las exigencias ecológicas como corresponsabilidad con los eventos que producen vida; a su vez, reivindica las relaciones consigo mismo y la otredad. La coordinación de los niveles de corresponsabilidad hace saber que ser responsable ante todo otro es de muchas maneras hacerse responsable de sí, insistir en el cuidado de sí como coordinación de los medios que consienten la continuidad de la vida.

Las hegemonías son tales porque cancelan la capacidad reflexiva como mecanismo que organiza intersubjetividad. En consecuencia, la *razón sensible* se enfrenta con los mecanismos enajenantes que se aplican. Esto porque se reconoce una obviedad ética que los mecanismos contrahumanos intenta excluir.

La vida sucede como correlaciones, imbricaciones permanentes y dinámicas de muchos sistemas. Junto a esto se reconocen las regulaciones, la normación fenoménica que en la realidad sucede; esto hace posible la ciencia como cuerpo de saber que ofrece conocimiento valedero. Junto a estos hechos acaece la ética como predilecto suceso que distingue y construye las consciencias humanas. Trata esto sobre un momento muy especial de la evolución de la vida, pues la capacidad de pensamiento permite la ética como mecanismo de sustento y mejora que el sistema vida reproduce. En tal sentido, la “idea primordial es sumar esfuerzos para establecer prioridades con la finalidad de brindar soluciones globales que propicien una vida armoniosa entre los seres vivos. Todos esenciales para la existencia de la vida en la tierra” (Guanilo Pareja et al., 2021: 346).

En la capacidad reflexiva humana la vida se piensa a sí misma, los eventos éticos corresponden a mecanismos formativos de legalidad en procura de la vida como demostración de bienestar. A la sazón, las hegemonías tienen el propósito de coartar la capacidad reflexiva que la vida demuestra como sustento de las mejores formas de acontecer.

Los límites de las *praxis* técnicas muy lejos están de ser concesiones arbitrarias, de poco valor que a la realidad se le hace; se trata de estrictas precisiones que tienen que considerarse

para que la multiplicación de los sistemas que involucra sea posible sobre los basamentos de la subsistencia. En tanto, si se violentan los límites de lo posible se cancela la posibilidad de sobrevivencia.

Junto a esto, la *razón sensible* valida otros procedimientos de investigación que trascienden los cercos con los cuales el monismo epistémico restringe la investigación científica. Se habilitan los enfoques racionalista-deductivo y vivencial como métodos capaces de interpretar fidedignamente el acontecer. El espacio del laboratorio valida estrategias cognitivas muy útiles ante ciertas precisiones, pero, las imbricaciones, relaciones, interacciones, dinámicas que las relaciones de sistemas presentan rebasa con creces las exactitudes de lo puramente concreto.

Así hacer ciencia suma otras maneras de proceder. Desde las disciplinas humanísticas se piensan, razonan y explican saberes útiles cuando demuestran alto nivel de veracidad. También hay conocer comprobable en cuanto es contrastado con la capacidad que demuestra de multiplicar vida en condiciones de dignidad. Por tanto, es posible denunciar las reducciones que victimizan las cualidades humanas. Desde esta perspectiva la condición de reproducir vida digna se convierte en el basamento que legitima los saberes.

Sustentar la *razón sensible* involucra eliminar las reducciones cognitivas que el monismo epistémico legitima, con la finalidad de presentar cuerpos teóricos útiles para las organizaciones sociales humanizantes. También, identificar los límites de lo posible como axiología que impulsa la vida habitable porque reproduce justicia y equidad.

Vincula necesariamente las prácticas educativas con la *razón sensible*, pues los recursos pedagógicos se prestan como exclusiva manera de expresar una razón plural, abierta, crítica. La educación dispone los medios para hacer del hombre un ser ético; esta condición se circunscribe a la corresponsabilidad como norma de convivencia.

La corresponsabilidad identifica los límites de lo técnicamente posible en un mundo finito, junto al hecho que los lugares habitables son tales porque expresan humanidad. La educación irreductible humaniza porque concientiza los derechos y deberes que los seres humanos tienen en comunidad, demuestra la finalidad de limitar la violencia al lograr consensos.

La *razón sensible* permite identificar los compromisos éticos que autorizan las técnicas de producción social. Habilita en pensamiento crítico al impulsar las reflexiones que permiten la convivencia. Refiere una educación que desvincula los silencios, la copia, la calca, la incesante repetición de pensamientos y comportamientos impuestos. Reconoce e impulsa la pluralidad de la condición humana, desvincula las amenazas y castigos de prácticas alienantes.

La educación como entrenamiento para competir queda derogada en procura de conocer que siempre se es junto y para otros; que no existe manera de vida digna si la otredad no la habitan también. Es educación que informa sobre las características del mundo físico y las formas de operar con ellas, por supuesto; pero, bajo la condición y amparo que da el saber que toda práctica involucra la corresponsabilidad como permiso de esta.

Justamente aquí la *razón sensible* presta las herramientas que humanizan los hechos educativos: otorga el lugar privilegiado que ocupa la ética en las pedagogías adecuadas. Entonces, la educación sucede como humanización al fortalecer el pensamiento crítico, impulsa los reconocimientos humanos que habilitan los diálogos para que los acuerdos sucedan.

Es educación que humaniza porque enseña las tácticas de la convivencia, el reconocimiento que los aportes culturales que los otros ofrecen, la tolerancia como encuentro entre las diferencias, la escucha a modo de atención hacia las voces, el diálogo que favorece los encuentros culturales. A la par, supeditar las prácticas sociales a la condición de reproducir vida digna.

Cancela las aulas como adoctrinamiento cultural, enfrenta las imposiciones que solicitan los silencios. Anima descubrir en conjunto el mundo para conformar conocimientos al servicio de dignas formas de vida. Significa esto supeditar la producción de bienes y servicios a la condición finita del mundo. Entonces, validar modos de producción que no involucren la depredación de los recursos; al contrario, producir bienes materiales en la misma medida que se reproducen los haberes que posibilitan la producción. Junto a esto, manifestar convivencias cimentadas sobre la solidaridad como condición humana.

Lejos de las utopías desarrollistas, la pedagogía sensibiliza la convivencia al identificar lo técnicamente posible; hace conocer que si algo se pueda hacer necesariamente no es realizable. Resalta que es técnicamente posible acabar con la vida en el planeta en cuestión de segundos;

pero la práctica es irrealizable al considerar los permisos que la *razón sensible* otorga. La urgente educación hace saber que sólo hay posibilidad de vida cuando los humanos se reconocen como seres que comparten la capacidad de sentir el mundo; desde esta condición es posible validar las prácticas sociales.

Referencias

- Aquinos Brito, Armando (2018). La 4ª Generación de Derechos. La democracia constitucional como meta-garantía. Una mirada desde Argentina, En. Derecho Político Temas de Ayer y Hoy. Jornadas Preparatorias. Posadas. Asociación Argentina de Derecho Político (AADP).
- Fernández, A. (2007). *Problemas Epistemológicos de la Ciencia: Crítica de la Razón Metódica*. Ediciones El Salvaje Refinado. Estados Unidos de América.
- Guanilo Pareja, C. G.; Pareja Pera, L.; Guanilo Paredes, C. E. (2021). Pensamiento Ecológico Latinoamericano y su Aporte a un Nuevo Modelo Educativo. *Revista de Filosofía*. N° 97. 2021-1., pp. 341-353
- Ladrière, J. (1984). *La Ciencia y la Filosofía*. La Science, la Philosophie et la Foi, in *L'articulation du Sens*. t.I. Cap. VI. Cerf. Paris.
- Ludwig Von Bertalanffy (1986). *Teoría General de los Sistemas*. Fundamentos, desarrollo, aplicaciones. Fondo de Cultura Económica. México.
- Magariños de Morentin, J. (2020). *Esbozo Semiótico Para una Metodología de Base en Ciencias Sociales*. [file:///C:/Documents%20and%20Settings/OSVALDO/Mis%20documentos/Downloads/-----%20%20%20%20%20LUZ%20%20%20EPISTEME%20%20%20%20%20Art.%20Margarios%20de%20Morentis%20\(V.larga\).htm](file:///C:/Documents%20and%20Settings/OSVALDO/Mis%20documentos/Downloads/-----%20%20%20%20%20LUZ%20%20%20EPISTEME%20%20%20%20%20Art.%20Margarios%20de%20Morentis%20(V.larga).htm). Recuperado el día 22 de abril de 2021.
- Márquez-Fernández, A. (2011). *Ciencias Humanas y Humanidades de las Ciencias*. Universidad del Zulia. Maracaibo. Venezuela.
- Márquez-Fernández, A (2021). *Pensar con los Sentimientos: Razón, escucha, diálogo, cuerpo y libertad*. Universidad Católica Cecilio Acosta. Centro de Filosofía para Niños y Niñas (CENFIN). Maracaibo. Venezuela.
- Maturana, H. (2006). *Desde la Biología a la Psicología*. Universal Editorial. EL Mundo de las Ciencias. Santiago, Chile.
- Mejía González, L; Cujía Berrio, S; Liñán Cuello, Y. (2021). Desarrollo Sostenible: Crítica al Modelo de Civilización Occidental. *Revista de Filosofía*. N° Especial. 2021 pp. 55-73.
- Monzó Marco, J. (1996). *El Pensador Sistémico*. Vol. I. Artículos 1995-2005. Valencia. Venezuela.
- Morin, E. (1984). *Ciencia con Consciencia*. Anthopos Editorial del Hombre. Barcelona. España.